

Otros animales en otras vidas. Goyo el gato y el regreso del conejo azul. Crónicas con duendes

Entre los argumentos más socorridos para convencer a otros que leer libros es placentero, importante y hasta vital está el de que, al hacerlo, se conocen nuevos mundos, distintas realidades, vidas de otros; de esa manera, se estimula la imaginación y la creatividad; como resultado, la actividad cerebral provocada permite enfrentar las incertidumbres de la vida de modo exitoso. Una forma más pragmática de resaltar la importancia de la lectura es la constante reiteración en los cursos (coordinados por mí desde hace 19 años en la Licenciatura de Historia), de que en carreras humanísticas (como las impartidas en la Facultad de Humanidades), es fundamental leer lo escrito por otros para elaborar un discurso propio y, a su vez, escribirlo para ser leído por otros. De esa manera, se contribuye a mantener la cadena de creación y recreación del pensamiento sobre los hechos humanos. Mientras tanto, se obtienen los títulos y grados académicos necesarios para obtener trabajo, recursos para sobrevivir y, si se quiere, hasta fama.

No se puede escribir sin leer, pues el acto mismo y la intención tienen su origen en una experiencia previa de haber leído la escritura producida por otros; se escribe para que alguien distinto se entere de nuestros pensamientos y sentimientos. Dicha situación es subyacente a la redacción

de estas líneas presentadoras del libro del maestro José Luis Herrera Arciniega, pues cuando, intempestivamente, Martín Mondragón me invitó a participar, y yo respondí afirmativamente sin pensarlo demasiado, de inmediato reflexioné: al fin y al cabo, he leído más literatura que historia aunque mi profesión se relaciona con esta última. O acaso ¿en el fondo de mi cerebro existe una lucha por identificar el trabajo del literato con la intención de quien escribe historias pretendidamente “científicas”?

No es mi intención entrar en honduras teóricas sobre el método de los humanistas, en particular de los literatos, no podría sino destacar que los temas relatados en este libro son, al decir del comentario en la contraportada, sucesos donde el autor fue protagonista o coprotagonista, según se vea, y por ello “sencillas historias” en las cuales se rescata la convivencia con abuelos, tíos, hermanos, hijos, pareja y otros sujetos a lo largo de las situaciones y momentos que componen lo llamado vida. Éstos se recrean en la aventura de gozar los paisajes de la naturaleza local y la convivencia con animales domésticos; esto es lo nombrado por los historiadores hechos históricos, además, se defiende como un coto de propiedad intelectual del gremio, considerándolo objeto de estudio.

En la lectura del libro de José Luis Herrera Arciniega encontré el relato de los mismos hechos de interés para los distintos tipos de historiadores: la vida de los hombres en el mundo; las formas de la naturaleza; los seres vivos y su relación con el hombre. Además, quizá el efecto más importante en mí, entre otros, el cual deseo comunicar para invitarlos a leer el conjunto de relatos es el siguiente: me hizo recordar los distintos momentos de mi vida, donde también han sido más importantes algunos miembros de mi familia, los animales y la naturaleza.



José Luis Herrera, *Goyo el gato y el regreso del conejo azul. Crónicas con duendes*, Presencia Mexiquense, México, 2010.

Algunos ejemplos podrían ilustrar la regresión que me provocó leer *Goyo el gato y el regreso del conejo azul. Crónicas con duendes*:

Debí tener tres o cuatro años cuando dos tíos paternos, Fernando y Eutimio, decidieron ir a comprar sandías a una región del municipio de Tonatico en los límites con El Mogote, estado de Guerrero. El lugar donde se encontraba el sembradío estaba más o menos siete kilómetros

del pueblo del sur del estado de México donde nació llamado Zumpahuacán. Para llegar habría que transitar una meseta donde se cultiva por riego, luego bajar una pendiente empedrada, atravesar la junta de dos ríos, recorrer el inhóspito margen del río San Jerónimo y subir a otra meseta para llegar a donde sembraban y vendían sandías. Hacer el recorrido y atravesar la barranca, como hoy día le siguen llamando mis paisanos, sólo podía hacerse a caballo o caminando, por lo que para alguien de mi edad la forma más adecuada era sobre el equino y acompañado por un adulto, pues tanto para dirigir el trote de un caballo, sujetando la rienda, o montar en ancas abrazado del montador o introduciendo las manos en los huecos ubicados en la parte posterior de la silla, requiere de fuerza que yo no tenía; así que viajé sentado en un apretado espacio entre la pelvis del jinete y la cabeza de la silla de montar, de la cual me aferraba cada vez que el caballo súbitamente hacía un trote que me hacía saltar del lugar en que iba montado. Para mí el viaje fue largo pero compensado con los distintos paisajes que iban apareciendo y con las rebanadas de sandía que, al llegar, devoré a grandes mordidas por la sed y el placer del dulce líquido rojo que me escurría por la comisura de los labios y formaba manchones rojos en la playera que llevaba puesta. Después de calar la fruta y comprarla habría que iniciar el regreso que sería más lento, pues uno de los caballos tendría que llevar la carga y uno de mis tíos debería caminar; éstos alternaron montar, cuidando al sobrino, y caminar, jalando al caballo cargado con costales de sandías. Una situación que provocó que en el último tramo antes de llegar a casa nos alcanzara la obscuridad fue la torrencial lluvia, que se desplomó sobre nuestros cuerpos e hizo que llegáramos hechos una sopa a la morada de mi abuelo. Mis tíos se preocuparon más por el posible efecto que el sol y la lluvia podría provocar en mi organismo que por descargar el caballo de las pesadas sandías, de

tal manera que se apresuraron, uno a quitarme la ropa mojada y envolverme en una cobija seca y, otro, a preparar un té de hojas de naranjo. Para cuando mis padres fueron a buscarme, reclamando por qué el caballo se encontraba aun cargado en la entrada, yo estaba acostado con un tío a cada lado y disfrutaba de cucharadas de un líquido caliente con fuerte sabor a canela y naranja.

Otro suceso de aquellos tiempos tiene que ver con los alacranes, los cuales todavía el día de hoy me provocan cierto temor. Resulta que la mayoría de casas del pueblo estaban construidas con paredes de varas entretejidas y cubiertas de lodo con techo de palma y algunas con lámina de cartón. Como el clima es sumamente cálido durante el día los arácnidos se ocultan entre la palma y los resquicios de las paredes; por las noches salen a buscar insectos para alimentarse. La vida común de los alacranes o escorpiones se volvía problema para los habitantes de mi pueblo cuando caían sobre las cobijas o en alguna parte descubierta del cuerpo de quien se encontraba acostado en la cama o el petate que de manera involuntaria o entre sueños se movía y entonces picaba y aplicaba el veneno que originalmente está destinado a inmovilizar a los insectos que le sirven de comida. De alguna manera uno se acostumbra a dormir a pesar del gusto de los alacranes por realizar acrobacias al amparo de la oscuridad y el aire fresco; pero para un niño es impactante observar que un alacrán le aplica con saña su veneno a un anciano y éste se la pasa toda la noche escupiendo porque, como se sabe, algunos de los síntomas de que el veneno del alacrán ha llegado al torrente sanguíneo es la sensación de cabellos en la garganta y la salivación excesiva.

Otro recuerdo tiene que ver con perros. Cuando los estragos que una sequía provocó en los habitantes del pueblo obligaron a mis padres

a emigrar a Tenancingo donde se encontraba mi familia materna, llegamos a vivir a la casa de mi bisabuela Esperanza. Era una casa grande con techo de teja, un amplio patio y un corredor con macetas de helechos en el pretil. Mis bisabuelos sólo habían tenido un hijo, mi abuelo materno Alfonso, y éste ya vivía en su propia casa con mi abuela Bárbara y mis tíos y tías, por lo que llevaban varios años viviendo solos; así que canalizaron su necesidad de compañía a la adquisición y mantenimiento de varios perros chihuahueros y french poodle, con los cuales tuvimos que competir mis tres hermanos y yo para tener la preferencia y apapacho de los bisabuelos. Con mi bisabuelo Sabino perdimos; definitivamente prefirió a sus perros que a sus inquietos bisnietos que todo el tiempo pateaban en el patio la pelota de hule que ocasionalmente llegó hasta el banco donde se dedicaba a armar sillas de manera que luego pintaba y vendía a quienes las distribuían en los pueblos. En cambio mi abuela Esperanza, como la llamaba, cuando se encontraba en la disyuntiva de abrazar y besar a sus perros o sus bisnietos, siempre utilizó sus negros y gordos brazos para rodear a los extraños hijos de su nieta que había casado en otro pueblo, o sea mis hermanos y yo. La decisión de la abuela Esperanza no implicaba descuidar la alimentación y los hábitos de los perros que la habían acompañado durante tantos años de soledad, tal vez por ese cariño y dedicación que les mostraba yo también desarrollé un afecto especial por la raza de perros que había en esa casa.

La preferencia del bisabuelo por los animales o tal vez la molestia que le provocaba la presencia y los juegos de cuatro niños no acostumbrados al encierro de una casa en la ciudad y si a la libertad de una casa en el campo llevó a que decidieran regalar una casita a mi mamá para que con mi papá y mis hermanos viviéramos aparte. La casa se ubicaba a menos de un kilómetro de distancia de la de mis bisabuelos, pero en esa longitud no

había más que tres o cuatro casas, por lo que la mayoría de los lotes eran baldíos, circundados por árboles de aguacate y le daban a la zona un carácter rural. Mi papá opinó entonces que deberíamos tener un perro propio que pudiera cuidar la casa, por lo que pronto adquirimos, no recuerdo de quién, una recién nacida perra gris que llamamos La Loba, no recuerdo tampoco cuál fue la razón para ponerle ese nombre. He estado tratando de saber si fue por el color o por influencia de algún personaje perruno de algún programa radiofónico que era el único medio de vincularnos al mundo exterior del nuestro en ese tiempo. También he tratado de encontrar en mi memoria (por influencia del libro que estamos comentando), cómo murió La Loba, pero no logro visualizar esos detalles; lo que sí recuerdo es que, dada la imposibilidad en esos tiempos y circunstancias de controlar la reproducción de nuestra perra, ésta parió dos o tres camadas de las cuales sobrevivieron algunos ejemplares que se repartieron entre vecinos, familiares y la propia casa. Sin embargo, la imagen más recurrente de La Loba es que se hizo vieja cuidando la entrada de la casa; que ladraba con agresividad cuando se acercaba algún vendedor o cobrador de abonos y, en particular, que sonreía, es decir, levantaba el labio y mostraba la hilera superior de los dientes, cuando se acercaba la hora en que se revolvían las sobras de la comida con las tortillas con que se alimentaba; su gesto era de tal forma parecido a la gratitud humana del hambriento que recibe comida, que los hermanos disputábamos el turno para darle sus alimentos a La Loba.

Me asalta el recuerdo una ocasión en que La Loba se pasó medio día ladrando hacia el interior de la casa en dirección al bordo lleno de carrizales que servía de lindero con el predio vecino, lo que hizo que pusiéramos atención en un hoyo abierto entre los carrizos del que asomaba el hocico de una especie de rata enorme. Al acercarnos el animal trató de huir, pero se paralizó cuando lo cercamos los cinco

hermanos que ya éramos; en ese momento nos dimos cuenta que la rata enorme cargaba sobre su lomo tres animalitos de su misma especie; cuando estábamos dispuestos a golpearla con carrizos mi madre gritó que nada nos hacía la pobre tlacuacha y que la dejáramos en paz o nos trataría de la misma forma. Como teníamos sobrada experiencia de que mi madre cumplía sus amenazas y promesas optamos por dejar al animal en paz y jugar a otra cosa que no fuera molestar seres vivos.

Como podrán darse cuenta, al leer los relatos de *Goyo el gato...*, conocemos las experiencias reales y las situaciones ficticias, vividas por el autor. Todo esto provocó que se removieran en mi mente algunas vivencias propias: llegar a un pueblo donde las fiestas patronales obligaban a cerrar calles, por tanto, se requerían alternativas de ingreso y salida

a la casa; en ella, era necesario mover un pesado zaguán; dentro habitaba un enorme rottweiler negro y un pastor alemán, el Terry y el Diter; provocaban una sensación fría en la columna cada vez que peleaban a muerte y se requería una intervención

para separarlos. Cuando el Terry lograba brincar la cerca de uno ochenta, que formaba su jaula, al mismo tiempo mi hija recorría en bicicleta el patio.

Después de abrir el pesado zaguán, estacionaba el auto pero Diter, esperando el momento, salía disparado por la calle, entonces lo perseguía seis o siete cuadras para regresarlo a la casa, pues por un

supuesto descuido, el dueño podría cobrármelo. El terror que me imponía el Terry, vélgase la expresión, existió hasta el último momento de su vida; escuché que algo le pasaba, pues ya no intentaba retozar y pelear como antes. En una ocasión estaba fuera de su jaula, se veía enorme, exageradamente gordo y con gesto de fiereza; yo sólo atinaba a gritarle que se metiera, y él a mirarme fijamente. De pronto, se fue de lado y cayó pesadamente; me acerqué y me di cuenta que estaba muerto. Con la muerte de un ser querido, se comienza a valorar su ausencia. Asumí su figura, a pesar del miedo que me provocaba, como parte de la cotidianidad de quienes habitábamos esa morada. Sin el Terry nada volvería a ser igual.

Igual recuerdo la catástrofe ocasionada por la Leidy, cuando se escapó al abrir el —ya citado— zaguán. Era una perrita french poodle que mi hija recibió como regalo de cumpleaños. Durante algunos años fue su única compañía, por tanto, existía un fuerte vínculo. Al perderse, sus lágrimas no pararon hasta el día siguiente: se oyeron ladridos parecidos a los de la perra y fuimos a informarnos con el vecino; un hombre malo, quien negó que los ladridos provinieran de nuestra perra hasta que, al asomar la cabeza, identificó a su dueña y logró escaparse de sus secuestradores. Con esa reacción ni siquiera tuvieron tiempo de pedir el rescate.

Con estos relatos personales, queda claro que leer libros donde se narran experiencias o fantasías de otros, permite identificar situaciones paralelas, así como reconocer diferencias y la posibilidad de pluralidad, además, ayuda al autoconocimiento en el lector, pues lo transporta a la revisión de su propia existencia. Así sucedió conmigo al disfrutar de las narraciones: “Goyo el gato”, “Duende en el tejado”, “Yendo a casa”, “Historia de la araña” y otros textos que componen este libro de José Luis Herrera Arciniega. Por supuesto, vale la pena su lectura, pues también disfrutarán. LC

